

LA EMIGRACION ESPAÑOLA A PAISES EUROPEOS: PROBLEMATICA Y SOLUCIONES

por JOSE CAZORLA (*)
y DAVID D. GREGORY (**)

INTRODUCCION

EL presente trabajo comprende dos aspectos claramente diferenciables, que serán objeto de tratamiento por separado: una perspectiva de las motivaciones, variedades adaptabilidad y tipología de los emigrantes, y un somero examen de las soluciones que cabría aplicar para paliar el impacto de estos movimientos migratorios, tanto en las localidades de origen como en las de destino.

Se trata básicamente de unas reflexiones sobre el tema que podrían servir de hipótesis de trabajo, tanto a la hora de acometer una investigación a fondo en este tema como a la de decidir —que ya va siendo hora— encontrarle algunas salidas, que no sean las usuales de dejar a nuestros conciudadanos correr la dura aventura de la emigración, con el pretexto —tantas veces falso— de la escasez de recursos en su lugar de origen. Pero, eso sí, lo que se dice con menos frecuencia es el grado en que benefician a la economía de las zonas desarrolladas —de las que generalmente no proceden— al utilizarse en ellas, a través de las entidades de crédito, los recursos que nos remiten. Es preciso ya que se acometan verdaderas soluciones. Para ello ofrecemos aquí algunas ideas que esperamos puedan tener alguna utilidad, si es que realmente se las quiere aplicar.

(*) Catedrático de la Universidad de Granada.

(**) Profesor del Dartmouth College, USA.

Primera Parte

DIAGNOSTICO DE LA PROBLEMATICA MIGRATORIA

1.1. Migración, desarrollo y motivaciones.

Durante las dos últimas décadas la emigración de millones de habitantes del campo hacia las zonas urbanizadas de sus capitales de provincia o hacia las regiones industriales de Europa occidental ha sido uno de los fenómenos sociales y económicos más dramáticos de la Europa contemporánea. Es éste un movimiento que ha provocado los consiguientes ajustes, tanto en los medios rurales como en los urbanos de todos los países implicados en él (Franklin, 1969). Entre 1956 y 1970, los países del Mercado Común, a excepción de Italia, han proporcionado trabajo a más de 10 millones de trabajadores extranjeros. Dentro del Mercado Común, Alemania Occidental ha sido el país más importante de inmigración, recibiendo a más de tres millones de «trabajadores invitados» o *gastarbeiters* (Bonscaren, 1969). Hasta 1970, España era el país que ofrecía la tasa más alta de emigración de los no pertenecientes al Mercado Común (Sánchez, 1969).

Todos los estudios en torno a esta moderna tendencia de la población comparten una orientación bastante generalizada. Los procesos de población que van unidos a la migración se consideran como formas de ajuste a cambios sociales, económicos y culturales; se asume que la emigración implica siempre cambios en los otros subsistemas de una sociedad, incluso en aquellos casos en que no se delimita claramente una distinción entre los grados y tipos de cambio. Un supuesto correlativo es el de que un estudio de la movilidad geográfica acelerada, que va unida con la migración, constituye en sí también un estudio del proceso de modernización e industrialización, incluso si empíricamente no queda claro el que el papel real de la migración sea un determinante o una consecuencia del desarrollo económico. Finalmente, la movilidad geográfica y la social correlacionan invariablemente; las gentes se trasladan debido a cambios en su «status» social o bien los cambios de «status» social pueden ser resultado de la movilidad geográfica.

Sin embargo, al intentar valorar las condiciones en que la movilidad geográfica, frente a otras alternativas, se considerará como la solución más eficaz a los problemas de aspiraciones insatisfechas, surge un creciente desagrado ante el gran número de estudios cuyas explicaciones se presentan exclusivamente en términos de determinantes objetivos estructurales. Si bien los modelos más mecanicistas, de tipo económico «push-pull», nos han permitido comprender —en un macronivel de análisis— las diferencias de volumen y dirección en general de las corrientes migratorias, han contribuido muy poco a explicar las diferencias de elección entre los traslados interiores y los exteriores de carácter temporal. El éxodo rural contemporáneo de España se ha explicado así en virtud de la disminución de la demanda de mano de obra agraria y de la atracción de la vida urbana. Los modelos científicos sociales de orden tradicional, que se concentran en las relaciones estructurales entre elementos tales como formas de herencia, sistemas de sucesión en el matrimonio, tenencia de tierras, me-

PROBLEMATICA Y SOLUCIONES

canización y migraciones, han sido extraordinariamente útiles al proporcionar estudios en el contexto de quién es o no emigrante a nivel de la comunidad, y han contribuido a una más clara comprensión del papel que la migración desempeña en el cambio social. Estos estudios han sido menos útiles, en cambio, para explicar diferentes tipos de comportamiento migratorio que han llevado a cabo miembros que ocupaban posiciones similares dentro de la estructura social de la comunidad de origen; miembros que, a menudo, comparten circunstancias económicas de parecida pobreza y que se mejaran encontrarse en posición tal, que les permitiría obtener beneficios similares al emigrante. Es más, al concentrarse fundamentalmente en los determinantes objetivos estructurales, este enfoque tiende a situarse en una posición de positivismo extremo, que se centra sobre las fases secundarias de la emigración como fenómeno de grupo, tendiendo a minimizar los aspectos más innovadores de la migración, considerando, en definitiva, a gran parte del comportamiento humano como una actividad esencialmente «carente de propósito».

Sin que esto signifique negar la validez de los resultados obtenidos por los modelos macroeconómicos, o el enfoque positivista, externo, de las ciencias sociales, en la actualidad se hace presente la necesidad de llegar a una interpretación más amplia, intentando comprender el significado subjetivo de la acción social que comporta la conducta migratoria. Aun cuando el elemento subjetivo se ha descuidado por lo regular en los estudios contemporáneos de la migración, sin embargo posee una larga tradición en las ciencias sociales que se remonta a las obras de Max Weber (1947) Wilhelm Dilthey (1958) y W. I. Thomas (1923). Estos hombres opinaban que en todo intento de comprensión del comportamiento humano, el elemento esencial de la interpretación se centraba en el esfuerzo por conocer el significado **compartido**, que se buscaba subjetivamente, que la acción social tenía para sus partícipes. Por tanto, al hablar de la acción social del migrante, nos referimos a una acción (a la que se adscribe un significado subjetivo), orientada hacia el comportamiento pasado, presente y futuro de otra persona o personas, dentro de sus circunstancias vitales.

El estudio del significado lógicamente nos conduce al estudio de la motivación. Al preguntarnos en torno a aquél, tratamos de determinar los móviles que guían los actos individuales, que mueven aquella actividad que es directiva o selectiva con respecto al ambiente social de un modo que, en el caso del comportamiento reflexivo, resulta diferente. Esto implica que no es reducir simplemente el estudio de las motivaciones al nivel del análisis psicológico. Por el contrario, la importancia que se da al significado de la acción social, nos permite contemplar la motivación a nivel cultural, en aquellos casos en que ésta se ocupa más de la relación de unas circunstancias sociales determinadas con unas metas culturales permanentes. En este caso, la conducta del emigrante queda motivada no sólo por las expectativas de otros, sino también por la definición de aquel en torno a la situación local, es decir, por el cuadro que el migrante o migrante potencial lleva en su mente con respecto a su comunidad de origen y el valor que ésta tiene para él.

Cabe denominar «ideología migratoria» a la definición que el migrante hace de la situación y la proyección de sus valores sobre sus circunstancias actuales; en resumidas cuentas, se trata del modelo cognitivo que el migrante posee en cuanto a la naturaleza y fines de su movilidad geográfica. Al considerar las condiciones

que en su lugar de origen obstaculizan la obtención de las metas percibidas y provocan cambios en la ideología del emigrante, resulta conceptualmente posible establecer un «continuum» que va desde el migrante cuya orientación y dedicación se dirigen hacia su comunidad original hasta el emigrante en que se enfocan hacia la sociedad que lo acoge. La ideología del migrante constituye la principal variable interviniente dentro del análisis de corte más mecanicista «push-pull» del fenómeno migratorio. Es más, la ideología del migrante no sólo afecta directamente a sus circunstancias de traslado al nuevo destino, sino que determina igualmente el tipo de adaptación a la nueva comunidad, su sistema de ahorro, y la reasimilación de él en su comunidad o país de origen.

Debe contemplarse entonces a la migración como una desvinculación momentánea, provisional, o bien permanente, de un grupo de individuos, que, procedentes de una comunidad, pasan a otra y que va precedida por un proceso de toma de decisiones muy complejo, basado en la definición de la situación local y en un conjunto jerárquicamente ordenado de fines que se valoran. En el caso de muchas comunidades de la España meridional, la emigración se inicia por virtud de la contradicción interna existente entre los valores culturales y las prácticas socio-económicas a nivel de la comunidad. Las diversas pautas de comportamiento migratorio que van unidas a los diferentes grupos pueden contemplarse en función de la variedad de los conceptos de valor de cada grupo, y de su respectiva percepción del grado de disociación existente entre unas aspiraciones prescritas culturalmente y los medios institucionales estructurados socialmente para realizar tales aspiraciones. Así, por ejemplo, los migrantes potenciales se reclutan invariablemente entre aquellas personas que perciben como inadecuados algunos aspectos de su cultura tradicional u organización de roles. La mayoría de las personas permanecen en sus comunidades originales mientras creen que sus necesidades pueden quedar satisfechas de manera adecuada o pueden solucionar allí sus problemas especiales. Por consiguiente, cuando se produce la migración, debe suponerse que responde a una situación que el migrante percibe como insoluble y se queda de manera permanente en su localidad actual.

Cabe sospechar, pues, que cuando un número significativamente grande de individuos comienzan a participar voluntariamente en movimientos migratorios, algún cambio básico está produciéndose, cambio al que los migrantes tratan de adaptarse. No obstante, no debemos cometer el error de suponer que toda migración es un rechazo de la comunidad. A menudo es sólo una desvinculación provisional, o un modo de posponer los síntomas de un tipo particular de inadecuación cultural y/o de rol perpetuada por diversos cambios demográficos económicos y sociales. Es decir, la migración no siempre constituye una respuesta innovadora mediante la cual una persona es capaz de alcanzar una «nueva» situación. Más bien, gran parte del comportamiento migratorio consiste en un intento por parte de muchos de retener lo que han tenido; y se trasladan geográficamente con objeto de permanecer en donde estaban en todos los demás aspectos.

1.2. Cohortes migratorias y pautas de cambio de la movilidad geográfica.

Puede considerarse a las cohortes como grupos de personas que viajan juntas a lo largo del ciclo vital; es decir, cohortes de nacimiento, cohortes de matrimonio,

cohortes militares, cohortes migratorias, etc. Al seguir a los grupos a lo largo de las diversas etapas de desarrollo, cabe obtener un cuadro más claro de los procesos implicados y de las diferencias existentes entre las cohortes. En el caso de la migración, diversas fuerzas sociales ejercen sus efectos sobre las cohortes en cada fase. En mayor grado que la fecundidad, la emigración constituye un fenómeno evolutivo, sensible a las condiciones ambientales. Una cohorte de migrantes tendrá una experiencia migratoria muy distinta de otras, según las condiciones económicas, políticas o sociales que prevalecían en la época en que decidió entrar en el flujo emigratorio. Por tanto, de entre aquellas cohortes que participan en los diversos períodos migratorios, cabe intentar construir una pauta típica de comportamiento que caracteriza a las diversas cohortes (Bogue, 1962).

Por ejemplo, aquellas cohortes que penetraron en las corrientes migratorias hacia Europa occidental, en la década de 1950 —la propia España estaba experimentando una fuerte emigración interior— fueron dejadas a su propia voluntad e impulso y recibieron poca o ninguna asistencia, tanto de sus países de origen como de los de destino. En cambio, aquellas cohortes que se incorporaron a dicho flujo en la década de 1960, se vieron apoyadas por una compleja red de actividades gubernamentales que proporcionó asistencia y fondos con destino a reconocimientos médicos, viajes, educación de los hijos, vacaciones, programas de asistencia social, beneficios de desempleo, etc. Pero la situación de apertura de la década de 1960, sin embargo, está cerrándose rápidamente. Desde 1972, las cohortes que participaban en la migración exterior, por primera vez han empezado a experimentar condiciones inseguras de trabajo y crecientes grados de discriminación y hostilidad, que han hecho subir sus niveles de ansiedad. Basta sólo con mirar las condiciones existentes en Suiza con anterioridad al referéndum nacional de octubre de 1974 para apreciar la creciente inestabilidad que han sufrido las cohortes de los años 70. Muestras obtenidas sobre trabajadores españoles en Suiza han indicado que se había producido un cambio en ellos, cambio que iba desde haber soportado de buena gana las dificultades inherentes a vivir y trabajar en el extranjero hasta empezar a dudar de la validez de su experiencia toda, encontrándose cogidos en un tedioso ciclo de trabajo día a día con unas aspiraciones disminuidas y metas ya muy confusas.

En Alemania Occidental el desempleo alcanzaba recientemente al 2,4 por 100 de la fuerza laboral, siendo la mayor parte de los trabajadores parados no alemanes. El número total de desempleados llegaba a los 557.000. Así, por ejemplo, en la factoría Opel, de Russelsheim, el efecto del aumento del desempleo alemán en los trabajadores españoles es claramente visible. En 1967 (año que no fue muy bueno para la emigración) había casi 5.000 españoles trabajando en dicha fábrica. En septiembre de 1974 esta cifra había descendido a 999. En ese momento se ofrecían de 5 a 6.000 marcos a aquellos trabajadores españoles que no volviesen de sus vacaciones o que renunciasen a sus contratos antes del momento requerido.

Las cohortes de los años 70 participan en una nueva migración europea, cuya corriente inversa se dirige hacia sus países de origen. La perspectiva de un creciente desempleo en las naciones industrializadas, junto a las presiones de la recesión económica, continuará conduciendo hacia una drástica disminución de la demanda de mano de obra extranjera. Otros países exportadores de ésta, aparte de España, están

pasando por dificultades similares. Más de 10.000 emigrantes yugoslavos perdieron en el año 1975 sus trabajos y se vieron obligados a volver a casa. Aun cuando no se conocen cifras concretas para Italia, ciertos funcionarios han comentado que también han vuelto este año decenas de miles de emigrantes. Hay numerosos indicios de que las tendencias actuales coontinuarán; tendencias que sólo provocarán nuevas dificultades a los países de la Europa meridional, ya afectados por una creciente inflación, un aumento en los costos de la energía, y unas perspectivas de niveles intolerables de desempleo interior. España debe así preocuparse no sólo de la pérdida de divisas extranjeras que resulta de esta tendencia inversa, sino que igualmente deberá hacer frente a los problemas de reabsorción de las cohortes que retornan.

En orden a comprender la migración de las cohortes, cabe considerar tres tipos complementarios y alternativos de pautas migratorias:

- 1.º Emigrantes por primera vez.
- 2.º Reemigrantes (o sea migrantes al exterior por segunda o tercera vez), y
- 3.º Retornados, o sea quienes han vuelto a su origen.

Hasta la fecha, ha habido sólo escasos intentos por analizar los reemigrantes o los retornados. Sin embargo, la inclusión de unos y otros es fundamental para comprender los móviles migratorios que se encuentran más allá de las consideraciones puramente económicas. Las oportunidades económicas no sólo no explican el componente general de la estabilidad de toda población o los movimientos selectivos, sino que también no aprecian la separación existente entre aquellos que se trasladan por primera vez hacia nuevas oportunidades, de quienes retornan debido a que los ajustes para con la familia inmediata, los parientes o las comunidades o en traslados anteriores no han tenido éxito.

1.3. La emigración y las particularidades regionales.

Al intentar comprender los componentes valorativos que encuadran la ideología migratoria, es imperativo que se incluyan las distinciones regionales. La gran mayoría de los estudios regionales sobre emigraciones han seguido la pauta empleada por Tapinos y Chevalier (1966), en la que las regiones se encuentran separadas en términos de determinantes administrativos o histórico-culturales un tanto vagos, estudiándose entonces la relación en cada zona entre ésta y su superficie, uso, población, renta y lugar de destino. A los efectos de comparación de regiones intranacionales, sin embargo sería muy útil seguir las indicaciones de Linz y de Miguel (1966). En su estudio, las unidades comparativas se han seleccionado en función de: 1) diferencias de desarrollo económico; 2) diferencias de estructura social; 3) diferencias de educación en diversos niveles; 4) diferencias en tradiciones lingüísticas y culturales; 5) diferencias de clima religioso; 6) diferencias de movilización social; 7) diferencias de tradiciones políticas que se remontan al siglo XIX; 8) representación diferencial de reclutamiento de la élite; 9) diferencias en valores, normas y personalidad básica, y 10) diferencias en pautas familiares. La selección de estas unidades geográficas, unida a los datos estadísticos actuales sobre el volumen y dirección de

las corrientes migratorias internas y externas, proporcionaría un cuadro comparativo de las regiones españolas y de los destinos de sus corrientes emigratorias a escala internacional, que sería importante no sólo para éste, sino para cualesquiera estudios de modernización y desarrollo que en lo sucesivo se acometiesen.

Es preciso subrayar la importancia de estudiar las características del lugar de origen. Debe así prestarse particular intención a las condiciones objetivas y marco normativo que da origen a un conflicto entre trasfondos culturales (creencias, símbolos expresivos, valores) y la estructura actual de las relaciones sociales, con sus pautas concomitantes de interacción social. Por otro lado, las condiciones sociales y culturales que prevalecen en un área dada, parecen determinar la naturaleza de la oferta de trabajo que participará en la migración. Es más, las preferencias ocupacionales del trabajador y su decisión hacia la migración interna o externa reflejan su sistema de valores y su organización social.

Al establecer las diversas cohortes dentro de sus lugares de origen, cabe dividir a los diversos grupos: 1) aquellas familias que tienen la perspectiva de enviar fuera a uno de sus miembros como emigrante; 2) las que tienen ya uno o más miembros en la emigración; 3) aquellas en que los miembros han repetido su emigración; 4) aquellas en que un emigrante ha regresado temporal o permanentemente, y 5) las orientadas hacia la comunidad y que rechazan la migración como medio de conseguir unos fines que se desean. La consideración de este último grupo proporciona a todo estudio emigratorio el componente de estabilidad que es tan importante como ignorado. Es imperativo que tengamos presentes no sólo las decisiones de trasladarse, sino las contrarias. A efectos analíticos, los no emigrantes son tan significativos a la hora de desarrollar un contraste comparativo de población como los emigrantes. Sin una perspectiva que incluya el componente de la estabilidad, no será posible apreciar de qué modo la migración se interrelaciona con los procesos sociales más generalizados en una comunidad, y será difícil interpretar adecuadamente los determinantes y consecuencias de la movilidad.

Finalmente, al estudiar los efectos de las orientaciones de movilidad en su conjunción con la ideología migratoria, cabría observar el papel de la emigración como fuerza innovativa o conservadora. Así, por ejemplo, en una serie de estudios comunitarios sobre Andalucía, D. Gregory ha descubierto que las áreas que presentan una pérdida permanente de población más pequeña son aquellas que poseen un más alto porcentaje de la población total tomando parte en movimientos continentales hacia Europa, en tanto que aquellos pueblos con más alta pérdida permanente de población manifiestan una tasa superior de migración interna y una más reducida emigración europea. Esto resulta cierto incluso a nivel regional más general: Andalucía Oriental tiene una mayor pérdida de población y una más alta tasa de emigración, en tanto que Andalucía Occidental ofrece una pérdida de población comparativamente menor y mayor número de emigrantes a Europa.

A nivel comunitario, la relación entre la pérdida total de población y los tipos de emigración constituye un indicador de la firmeza del tradicional sistema de valores existente en las diversas comunidades, y apoya el supuesto de que las características diferenciadoras entre los emigrantes interiores y los que marchan al continente —en especial, aquellos que se trasladan a Suiza y a Alemania— se centran en el

grado en que aceptan este sistema. Los individuos o familias que emigran en el interior de España rompen de manera más radical con sus comunidades. Por lo general, se encuentran no muy bien integrados dentro de sus pueblos y confieren un mayor valor a sus lugares de destino que a los de origen. En su mayor parte no tienen intención alguna de volver de modo definitivo a su comunidad. Los emigrantes que marchan por primera vez a Europa desde sus localidades, parten con una intención bien definida de regresar y mejorar las condiciones de su existencia futura dentro de los confines de su pueblo, con ayuda del dinero ganado fuera. En tales casos, estos emigrantes a Europa que marchan directamente desde sus pueblos son más conservadores y se aventuran menos que los emigrantes interiores o que quienes siguen el sistema de doble desplazamiento. Aun cuando el espacio físico existente entre la comunidad española y Alemana es mayor que el que hay entre la comunidad y Barcelona, el espacio social y psicológico se reduce al ser menos extrema la ruptura inicial y más provisional la desvinculación con respecto a la comunidad.

1.4. Aspectos de la asimilación.

Los cambios que provoca la emigración exterior a Europa en actitudes y valores no están todavía muy claros. Se sabe muy poco acerca de los cambios en el estado de la conciencia del hombre contemporáneo cuando se traslada a un medio de empleo totalmente industrializado. Aún más difícil resulta aislar los elementos básicos de la conciencia industrial y ponerlos en relación con los procesos institucionales.

Un pequeño grupo de emigrantes se ha visto influenciado al trabajar en un medio urbano industrial por el mayor énfasis que se pone en la respetabilidad del trabajo manual, en la limitada importancia de una orientación adscriptiva sobre otra adquisitiva y en los principios de valor de intercambio sobre el concepto de valor inherente. Y sin embargo, para la gran mayoría de los trabajadores, el efecto modernizante que resulta de la adaptación sectorial momentánea de ocupaciones desde las actividades agrícolas a otras no agrícolas, parece meramente superficial en su conjunto.

Debe subrayarse que en muchos sentidos, las circunstancias de traslado son considerablemente más fáciles para numerosos emigrantes intraeuropeos que para los que lo hacen en el interior de sus países. Así, los tratados internacionales laborales, las seguridades de empleo, los viajes subvencionados y los programas de seguros, no son más que unos cuantos de los beneficios asequibles a los emigrantes asistidos al exterior.

La asimilación del emigrante que marcha por primera vez al país que lo recibe (y los diversos aspectos de ajuste, participación o aculturación) se ven debilitados, sin embargo, por la manifiesta intención de éste de regresar a España. En ciertos estudios se ha apreciado que aún cuando las mujeres, por lo general, proyectan permanecer durante más tiempo que los hombres, más del 85 por 100 de unos y otras desea regresar a sus comunidades de origen tan pronto como sea posible. De hecho, la necesidad del emigrante en pro de un grupo de referencia seguro, mientras se encuentre en el extranjero, acentúa sus sentimientos positivos hacia su grupo primario y hacia el ambiente local de su comunidad original, reforzando su deseo de retornar.

En cambio, el español se adapta rápidamente a sus nuevos roles laborales, que invariablemente se encuentran al final de la jerarquía urbano-industrial. Al mismo tiempo, el ajuste del español a ciertos países como Alemania y al tipo de vida que allí se lleva resulta mínimo. Si bien les afecta muy positivamente la organización laboral alemana, su estabilidad económica y sus sentimientos relativamente mayores de igualdad social con respecto a España, aborrecen, en cambio, la comida, el clima, la lengua, las condiciones de vida y el carácter y moral alemanes. Así, pues, todas son indignidades que hay que soportar como sacrificios temporales y que se verán bien contrapesadas a su regreso a casa.

La mayoría de los emigrantes que salen por primera vez carecen de relaciones estrechas con los indígenas. La participación de orden mínimo de los españoles en su nueva sociedad es resultado, en parte, de sus roles laborales organizados, que diariamente le colocan en equipos de compatriotas dirigidos por un capataz bilingüe, y en residencias que por la noche segregan de la vida no fabril. Aun cuando los alemanes sienten una clara antipatía hacia sus «trabajadores invitados», la no participación es también resultado de la elección de los propios españoles. Así, en los fines de semana, evitan el contacto con los trabajadores alemanes por temor a que éstos les pongan en situaciones económicamente desventajosas. Y durante la semana, su tiempo libre más valorado son paradójicamente las horas extraordinarias.

Como resultado de su extraordinario ahorro, el emigrante español que lo hace por primera vez vive en Alemania con mayor pobreza de la que tenía en España. Es curioso que quienes se quejan más de las malas condiciones de vida son precisamente quienes mayor éxito económico logran en lo que se refiere al ahorro. Dos tercios de los emigrantes varones ganan seis marcos por hora o más; las mujeres ganan un mínimo de cuatro marcos. De los 1.500 marcos ganados mensualmente, muchos consiguieron transferir a España incluso cantidades de 1.050 marcos.

En cuanto a la aculturación, aun los procesos más superficiales se ven dificultados por el desinterés de los españoles en aprender cualquier aspecto de la nueva lengua que no se relacione directamente con los problemas básicos de su rol laboral. Así, es frecuente la iniciación de cursos de lengua alemana en las factorías y en los Centros españoles. Las dos o tres primeras noches el local se encuentra abarrotado. Al cabo de dos semanas, tales cursos se ven obligados a terminar por falta de participantes suficientes.

1.5. La migración de retorno.

En este punto es importante concentrarnos en la manera en que las estructuras locales y funcionales españolas pueden ser capaces de hacer frente a los problemas creados por el aflujo de emigrantes que retornan. Debería obtenerse información que condujese a un más claro conocimiento de las siguientes cuestiones:

A) ¿De qué modo se contemplan las repercusiones de los distantes acontecimientos de Europa occidental, producidos por la recesión, en las comunidades locales de la España emigrante?

B) ¿De qué modo los cambios provocados por el aflujo de los retornados se regularán en función de las demandas de mano de obra de las comunidades locales?

C) ¿Cómo serán los cambios que la disminución de una anterior división del trabajo en el territorio provocará en las jerarquías funcionales, desarrolladas entre grandes centros de población y sus respectivas zonas tributarias; es decir, aldeas, pueblos, agrovillas, capitales de provincia, etc.?

D) ¿Hasta qué punto una mezcla previa de tipos societales y una mayor participación en un medio ambiente común creados por las demandas laborales intraeuropeas de los últimos quince años ha dado como resultado la pérdida de adaptabilidad institucional u organizativa, frente a los nuevos cambios de población?

E) ¿De qué manera difiere el ambiente del retornado del ambiente de la población de su comunidad original?

F) ¿Qué importancia va a tener el papel del creciente número de retornados en la determinación de los acontecimientos societales y de qué modo llevará a la formulación de nuevas políticas de población?

G) ¿Se desarrollará una comunidad de valores o motivaciones en estos emigrantes como resultado de su regreso obligado, de su número en incremento y de la falta de oportunidades de empleo significativas?

H) ¿Hasta qué punto la libertad del retornado en sus futuras decisiones quedará fijada por la organización estructural de sus comunidades locales?

A) estudiar a los retornados, uno de los índices más representativos de la naturaleza conservadora o innovadora de su decisión radica en la forma en que han efectuado sus inversiones. Así, por ejemplo, mientras aquellos emigrantes que volvieron de Latinoamérica procuraban efectuar inversiones especulativas en la compra de tierras o pequeños negocios, los migrantes intraeuropeos casi invariablemente buscan inversiones seguras en forma de vivienda. Algunos de los emigrantes más jóvenes se orientan en términos de la educación para sus hijos. Pero en todo caso subsiste el hecho de que en algunos estudios efectuados en Andalucía, por ejemplo, menos del 10 por 100 de la muestra deseaba comprar tierras o establecer un pequeño negocio. La falta de interés por conseguir la independencia económica indica que la propensión hacia un capitalismo a pequeña escala no está muy difundida entre los trabajadores y arroja nueva luz sobre sus intenciones de intentar encajar de nuevo en el sistema tradicional con un «status» sólo mejorado ligeramente.

El emigrante al exterior utiliza a menudo sus ahorros para maximizar su seguridad en su comunidad. La seguridad consiste ante todo en el establecimiento de un hogar separado o en la mejora material de su hogar actual. En uno u otro caso, la pauta de inversión acentúa aún más el anclaje del emigrante en su comunidad original. En muchas comarcas del Sur ha habido un virtual renacimiento de la construcción. Así, la nueva demanda de solares ha hecho aumentar en algunos municipios el precio del suelo desde 100 pesetas, en 1965, a 500, en 1973. Muchos emigrantes han llegado a invertir la totalidad de sus ahorros —en algunos casos cantidades del orden de las 900.000 pesetas— en sus casas. Desgraciadamente, al par que los recursos económicos nuevos introducían en las comunidades, a través de la emigración, la apariencia física de las ciudades, y también parecen haber elevado el estándar de vida general, con-

siderándolo en términos de electrodomésticos y televisores, en cambio no han hecho nada para cambiar los problemas básicos subsistentes de salarios relativamente bajos, desempleo estacional y dependencia económica para con las otras clases.

1.6. Metas culturales y normas y medios institucionales: una tipología.

Al concentrar nuestra atención en la «ideología migratoria», hemos considerado las valoraciones, aspiraciones y estructura de significados colectivos de los emigrantes que dan sentido a sus vidas. Fundamentalmente es a través del estudio de la «ideología migratoria» como podemos obtener un conocimiento más completo de las motivaciones para emigrar, la elección de destino, el tipo de asimilación que se experimenta, la inversión o ahorros que se pretenden conseguir, y la manera en que posiblemente ocurra el reajuste social del emigrante retornado. No cabe ignorar la información subjetiva, las opiniones colectivas de las diversas cohortes migratorias, acerca de sus proyectos futuros o planes de vida. **No son tantos los factores actuales en el lugar de origen y destino y su realidad como la percepción en torno a estos factores lo que determina la estructura y contenido de la experiencia migratoria.**

Mencionamos anteriormente la necesidad de establecer una tipología sobre la base de la ideología migratoria. Uno de sus extremos se encontraría en aquellos emigrantes cuya mayor orientación o interés se dirigiesen hacia su comunidad original; el otro extremo estaría en quienes se interesan y se orientan hacia sus nuevas comunidades, en España o en Europa occidental. Siguiendo un trabajo de Robert Merton (1949), cabría establecer una nueva distinción analítica entre los diversos tipos migratorios, basándose en la manera y grado en que perciben la disociación entre aspiraciones (o metas) culturalmente prescritas por su grupo, y los cauces socialmente estructurados (normas institucionales) para realizar estas aspiraciones. Al par que las diversas normas o medios institucionales proporcionan el empuje inicial hacia la emigración, las metas u orientaciones culturales determinarán los tipos de decisión y las pautas que de hecho se siguen.

	Metas culturales	Normas y medios institucionales
Conformidad		
No migrantes		
Propietarios		
Clase media alta	+	+
Ritualismo		
No migrantes		
Clase media baja		
Clase obrera alta	--	+
Retraimiento		
No migrantes		
Clase obrera baja		
Migrantes de temporada		
Clase obrera	—	—

	Metas culturales	Normas y medios institucionales
Innovación		
Migrantes interiores		
Propietarios en transición		
Migrantes al exterior por primera vez		
Clase media		
Clase obrera	+	-
Rebelión		
Migrantes interiores permanentes		
Clase obrera	-	-
Clase media	+	+
Reemigrantes por segunda vez al exterior		
Clase obrera		
Clase media		

La **conformidad** es una aceptación tanto de las metas y medios tradicionales que iluminan la ideología de la estabilidad y la continuidad. Cuando se introduce el cambio, generalmente se le interpreta de manera que encaje en antiguas pautas de adaptación. Esto se aprecia claramente en la circulación de las élites a nivel de la comunidad, que a menudo ha ocurrido cuando los propietarios en transición han emigrado hacia los centros urbanos de España y la clase media alta ha tratado de llenar sus puestos. El **ritualismo** se caracteriza por una adaptación que rechaza o infravalora las metas culturales al mismo tiempo que se aferra de manera compulsiva a las normas institucionales. A menudo es resultado de una aguda ansiedad de «status» que acompaña a un periodo de transición ambigua entre sistemas de estratificación en competencia, en donde el «status» social llega a depender del logro personal o de consideraciones puramente económicas. Es una forma de adaptación que busca una solución privada a las frustraciones de la transición. El **retraimiento** consiste en un rechazo de las normas y de las metas, y con frecuencia se caracteriza por el derrotismo, el fatalismo, la resignación o el pacifismo negativo. Quienes participan de él se sienten congelados en su actual «status» —que definen negativamente—, sin confianza alguna en su capacidad para cambiar de manera significativa. La **innovación** es una orientación hacia el cambio y una disposición a aceptar riesgos. Si bien se rechazan los medios institucionales, los valores establecidos de la cultura proporcionan los incentivos para el éxito. En el caso de los propietarios en transición, su emigración se ve estimulada por la conciencia de las ventajas que se obtienen con la fluidez económica, desprovista de todo lazo de parentesco en una sociedad moderna. En el caso de los emigrantes al exterior por primera vez, procedentes de la clase obrera y media, se considera como solución para un ascenso social mínimo en una sociedad donde los canales de la movilidad vertical son estrechos, cuando no se hallan de hecho totalmente cerrados.

Por último, la **rebelión** es una adaptación que lleva al hombre fuera de su tradicional comunidad. El sistema local tradicional se contempla de hecho como una barrera para la realización de lo que se considera metas nuevas y legítimas. Tanto en

los casos del emigrante interior permanente como del reemigrante al exterior, la emigración llega a ser una forma de sustituir la rebelión. Así, por ejemplo, en muchas comunidades de la España meridional, la emigración interior permanente ha reducido de hecho el antagonismo de clases, contribuyendo al mantenimiento del «status» que mediante la eliminación de muchos de los miembros más disidentes de la comunidad, los cuales han «votado con los pies» contra el sistema rural tradicional.

A comienzos de los años 50, algunos de los que primero se decidieron a emigrar fueron aquellos cuya familia o parientes habían sufrido más durante los años que siguieron a la guerra civil. El regreso de los emigrantes al exterior —cuyo plan conservador original se centraba en sus comunidades de origen—, tras crecientes desilusiones y frustraciones, constituye una forma de escapar a su fracaso inicial. Su nueva meta consiste ya en adquirir suficiente capital para —cuando vuelvan definitivamente de su reemigración— trasladarse ellos y su familia a un centro urbano industrial en España. Muchos de los más jóvenes reemigrantes incluso comienzan a contemplar el residir permanentemente en los países extranjeros de destino. Tanto los más jóvenes como los más viejos reemigrantes parecen también hallarse más abiertos a influencias aculturativas extranjeras de naturaleza política.

El ejemplo que ofrecen los reemigrantes demuestra las posibilidades de esta tipología y la necesidad de comprender la manera y grado en que los individuos pueden pasar de un tipo de adaptación a otro.

Segunda Parte

SOLUCIONES POSIBLES EN ORIGEN Y EN DESTINO

2.1. Soluciones en origen.

Como se ha señalado anteriormente, el origen a menudo inmediato y en la gran mayoría de los casos, por lo menos, mediato de la emigración, se encuentra en las zonas rurales, tanto en el caso de los movimientos interiores como hacia el exterior. Muchas veces estas zonas que producen emigración —y que abarcan la mayor parte del país, es decir, casi cuarenta provincias— poseen comarcas y núcleos de población que están experimentando pérdidas, aun cuando sus posibilidades de crecimiento serían apreciables. En efecto, muchas comarcas podrían lograr un apreciable desarrollo económico y social si se estudiaran debidamente sus potencialidades en los más diversos aspectos; es decir, mineralógico, turístico, de cambio de cultivos, etc. Naturalmente, este tipo de estudios requiere considerable tiempo y medios, pero si se hubiesen acometido hace varias décadas, a estas alturas poseeríamos un completísimo panorama de las posibilidades reales de tantas zonas del país que están siendo hoy irracionalmente abandonadas. En efecto, a menudo con reducidas inversiones, pero con una planificación adecuada a cada caso, sería perfectamente factible fijar en unas condiciones de vida digna una población que no sólo se autoabasteciese dentro de un marco geográfico relativamente reducido, sino que incluso exportase productos o servicios a otras zonas nacionales y aun extranjeras.

Como decimos, este planteamiento requeriría forzosamente estudios en profundidad de las diversas comarcas españolas. Estudios que con una visión de futuro mostrarían no sólo las actuales potencialidades, sino también las condiciones en que cabría contar con ellas cara al futuro. En cualquier Plan de Desarrollo tal tipo de estudios debería tener carácter muy prioritario. Porque mostrarían, en función de dicha prospectiva, no sólo las repetidas posibilidades de desarrollo, sino también las de agotamiento de recursos y congestión de las áreas ya industrializadas. No se pierda de vista que tales áreas, muy específicas en nuestro país, como son fundamentalmente Vascongadas, Madrid y Cataluña, están alcanzando unos grados de concentración industrial, demográfica, de capital y de contaminación que hacen cada vez más costosa la inversión pública y aun la privada en las mismas.

Por otro lado, tales estudios mostrarían cómo en un cierto número de casos, comarcas que hoy presentan mayor o menor emigración, carecen de toda posibilidad futura de desarrollo. Así, algunas del Sureste o de la Meseta, áridas, deforestadas, sin recursos subterráneos, etc. Pues bien, con un conocimiento suficientemente detallado, es indudable que podría orientarse a la población de dichas comarcas hacia una emigración racionalizada, previendo con suficiente antelación no sólo su traslado, sino, lo que es más importante, las condiciones de su empleo y su vida en otras más desarrolladas. Estas zonas podrían dedicarse a pastos, bosques o destinos similares. Pero lo que es evidente es el hecho de que hoy muchas zonas del país poseen ya una población inferior a la que, bien explotados esos recursos, podrían mantener en un nivel de vida no inferior al del resto del país. El ejemplo de naciones como Japón o Suiza, cuyos recursos mineralógicos son nulos, en donde el suelo —especialmente en Japón— es pobre o incultivable, y cuya densidad de población es superior a la española, son muy dignos de tenerse en cuenta. Una inteligente política de atracción de capitales, de inversión en industrias de alto valor añadido, y de completa explotación del espíritu empresarial, ha permitido a estas y otras naciones alcanzar altísimas cotas de desarrollo en condiciones que para muchas comarcas españolas son todavía hoy de superioridad, comparativamente, si se tienen en cuenta sólo sus recursos naturales y demográficos. Algo que se debería explorar es la existencia de un suficiente espíritu de logro o empresarial, estableciéndose un contraste entre quienes poseen experiencia migratoria y quienes rechazan la emigración como solución. Se comprobaría así la realidad de la teoría de Baran, en el sentido de que son las condiciones estructurales de los países o las regiones las que impiden la aparición del espíritu de iniciativa, que sólo encuentra cauces a menudo extraños o al margen de la ley para cubrir las aspiraciones de los individuos que ocupan las capas sociales más bajas de esos países o regiones. En definitiva, pues y como solución de carácter general a la problemática que aquí tratamos, propugnamos la necesidad de un estudio tan minucioso como sea posible de la población y las condiciones de su habitat, es decir, de las potencialidades reales de éste y de las posibilidades y expectativas de aquélla en orden a una más integral forma de desarrollo de España, y a la consecución de un equilibrio suficiente en las regiones hoy deprimidas y emigratorias, que son mayoría en el país y las desarrolladas, congestionadas e inmigratorias, que son minoría.

Por otro lado, es preciso establecer soluciones detalladas a un nivel más bajo,

que han de diferenciarse según que se considere el lugar de origen o el de destino. Cabe distinguir también entre previsiones técnicas y previsiones sociales en cada uno de estos casos. Por consiguiente, vamos a exponer brevemente tales soluciones de detalle para cada una de estas circunstancias, según las consideraciones de orden técnico o social que correspondan. Adviértase que en muchos casos será ambigua la delimitación entre unas y otras, ya que, por ejemplo, muchas de las de orden administrativo que se propugnan comparten caracteres comunes a los dos tipos de infraestructuras.

2.1.1. Previsiones técnicas.

Ante todo, es indispensable contar con datos estadísticos mucho más detallados que los actuales respecto a características de los trabajadores, origen geográfico, residencia habitual, estructura por edades, experiencia posible de emigraciones interiores o exteriores anterior, duración en empleos previos y similar. Igualmente, estadísticas sobre formación profesional y circunstancias vitales del individuo, tales como tipo de viviendas, número de familiares, edades y sexo de éstos, niveles de estudios, etc.

Es indudable que el desarrollo de muchas comarcas, y por tanto, la retención de su población, requiere una red de transportes y comunicaciones en muchos casos ahora inexistentes. Son de particular importancia las comunicaciones por carretera, que han de contar no sólo con vías suficientemente modernas y capaces, sino también con servicios de pasajeros y mercancías adecuados. Por otro lado, se está efectuando en nuestro país una política de creación de servicios en muchos pueblos, y en especial en las «cabeceras de comarcas», según la definición de los servicios dependientes de la Presidencia del Gobierno, que no siempre va paralela a las posibilidades de éstos. Esto significa que, en nuestra opinión, la clasificación de estos organismos se ha producido desde el habitual centralismo de nuestra Administración, centralismo que, a menudo, no ha tomado en consideración las peculiaridades de muchas comarcas. Se han fijado así, en ocasiones, centros comarcales que rápidamente demostraron no ser los más aptos, postergando otros que hubiesen tenido con suficiente ayuda mejor futuro. Naturalmente, ello se debe a que la determinación de estas «cabeceras» se ha hecho antes de la realización de los estudios comarcales deseables que antes mencionábamos, y no después. Pero en todo caso debe advertirse que la creación de servicios de alcantarillado, alumbrado, saneamientos, pavimentaciones, instalaciones sanitarias y educativas que se ha acometido, puede resultar en muchos casos inútil si la población continúa emigrando. Dicho de otro modo, no basta con la creación de servicios en las comarcas si en éstas no se crean medios de empleo en función de sus potencialidades. De lo contrario, se producirá la paradoja de que en muchos lugares habrá unos buenos servicios para una población muy inferior a la que podría usarlos, problema que es exactamente el inverso en los lugares a los que afluye la inmigración, como después veremos. Es evidente que la creación de tales servicios, por sí sola no es capaz de fijar más que una porción mínima de los emigrantes reales o potenciales, y responde a una mentalidad paralela a la que antes atribuíamos a muchos retornados, quienes gastaban sus inversiones en arreglar sus

domicilios, pero careciendo de empleo, se encontraban y se encuentran o bien en una situación de frustración, o bien ante la perspectiva de abandonar el fruto de sus trabajos para marchar a otro lugar con mejores posibilidades de empleo.

Por supuesto, entre las infraestructuras técnicas a introducir en los lugares que lo requieren, han de incluirse todas las que permitan el aprovechamiento integral de las fuentes de energía existentes en la zona, o bien sustraídas desde las vecinas. En general, para la consecución de toda clase de mejoras técnicas podría hacerse un mejor uso de la población que con frecuencia se encuentra en tales áreas en paro ocasional, e incluso a menudo cobrando el seguro de desempleo. Una jornada reducida —proporcional a éste— o completa, con fondos de los Ministerios de Trabajo, Agricultura, Obras Públicas, etc., no sólo permitirá la realización de tales servicios, reduciendo mucho su coste (al evitar con frecuencia duplicaciones de gastos de fondos públicos), sino que ofrecería una vida mejor a nivel comunitario a quienes allí permaneciesen.

Es evidente igualmente que la gran mayoría de las zonas productoras de emigración tienen un carácter marcadamente agrario. Pues bien, para que la población tuviese un nivel de empleo permanente y de ganancias suficientemente adecuadas a sus expectativas, se requeriría una profunda reforma estructural de nuestro medio agrario. Específicamente se trataría de obtener unidades de cultivo rentables, tanto por su extensión mínima como por la calidad y cantidad de sus productos. Según se ha dicho por expertos en la materia, en nuestro país, considerado en su conjunto, no es rentable una explotación que en regadío sea inferior a las diez hectáreas y en secano inferior a las cincuenta. Naturalmente, este criterio tiene en cuenta las condiciones de competitividad con que ha de enfrentarse España a nivel de los mercados internacionales. Ciertamente, muchas extensiones muy inferiores permiten apreciables producciones; por ejemplo, de frutos tempranos en nuestra costa meridional, pero se trata de la excepción y no de la regla. Por supuesto, los costos de la mecanización y la reforma de los cultivos en general exigen, sin duda, extensiones mínimas similares a las señaladas. Y sin embargo, más de las tres cuartas partes de las explotaciones de país tienen tamaños muy inferiores a éstos. Si a ello unimos el hecho de que las redes de comercialización de los productos agrarios son insuficientes, y a menudo inexistentes, se explicará uno de los factores técnicos que en mayor grado contribuyen a nuestra emigración. Es un hecho que determinados nuevos organismos creados a este propósito no sólo no cubren adecuadamente sus funciones, sino que además, con frecuencia, constituyen un obstáculo burocrático más para los agricultores. En este sentido, no vamos a entrar en una detallada exposición de la problemática y soluciones concretas de nuestro agro, que se alejarían en exceso de nuestro propósito aquí, limitándonos sólo a apuntar su existencia.

Por otro lado, al desarrollo y reducción de la emigración de estas zonas contribuiría no poco la introducción de mejores métodos de cultivos o la sustitución radical de los existentes por otros más racionales y productivos. En muchos casos esto requeriría una acción paulatina, pero en otros, podrían introducirse simplemente al final de la cosecha. En este sentido sería de gran eficacia la presencia mucho mayor que en el momento actual de técnicos agrícolas en todas las localidades y en mayor proporción en las cabeceras de comarca. La elogiada labor que actualmente realizan

los Servicios de Extensión Agraria debería multiplicarse por un alto factor, lo que, dicho sea de paso, contribuiría a absorber un considerable número de técnicos de grado medio, como serían estos especialistas agrícolas. Advuértase que, en la actualidad, sólo el 6 por 100 de los municipios españoles cuenta con un técnico agrícola en ejercicio.

Hasta el presente, no pocas veces se han montado industrias en lugares que carecían de energía y/o materias primas en nuestro país, utilizándose consideraciones más de orden político o de capacidad de consumo, que otras, quizá más racionales, decisorias de una industrialización competitiva. Tal es el caso del cinturón industrial de Madrid, creado a partir de los años 40. En los planes de desarrollo iniciados posteriormente, muchas veces los Polos se han establecido en función de consideraciones similares, o en otros casos, han carecido de la infraestructura de comunicaciones y servicios que los hiciese atractivos para los inversionistas. Precisamente, la idea que propugnamos como factor de creación de empleo, básica para el desarrollo de las zonas hasta ahora emigratorias, partiría de la existencia en éstas de recursos naturales de las más diversas clases que permitiesen su industrialización. El papel del Estado sería básicamente el estudio —como hemos dicho— de estas zonas, y a la vista de sus posibilidades, cuando existiesen, la creación de una infraestructura de comunicaciones, servicios y energía y su promoción ante los inversores nacionales o extranjeros. Surgirían así, no Polos, sino —como en muchos lugares del extranjero— zonas industrializadas que no tendrían por qué coincidir con los grandes centros urbanos.

2.1.2. Previsiones sociales.

Las previsiones sociales requieren básicamente decisiones de orden político que orienten a la acción social y económica del Estado en la forma más eficaz para los propósitos a que aquí nos referimos. Fundamentalmente, la acción del Estado será decisiva en cuanto a inversiones, subvenciones e información.

Ciertamente, en una economía de mercado como la nuestra, las empresas industriales han solido establecerse en donde mayor rentabilidad inmediata podían obtener, es decir, en los ya conocidos puntos industrializados del país. Pero además de las consideraciones anteriores, una acción eficaz estatal debería utilizar dos instrumentos que a este respecto se encuentran a su alcance aún a una economía capitalista: 1) Los obstáculos burocráticos fiscales a las empresas que desearan establecerse en zonas no desarrolladas con recursos explotables. Por otro lado: 2) Las empresas nacionales de propiedad estatal, no necesariamente han de tener beneficios inmediatos, como ocurre con las privadas. Una política social y reductora de la emigración sería aquella que favoreciese la instalación de empresas de este tipo en zonas —repetimos que con potencialidades— no desarrolladas y con fuerte emigración. Y ello aún en el caso de que no posean recursos energéticos propios, aunque con materias primas o productos comercializables, ya que éstos son hoy mucho más caros de transportar que la energía.

Debemos señalar que para la atracción de industria hacia los lugares de emigración resulta mucho más importante una política crediticia a largo plazo, firme y esta-

ble que unas desgravaciones fiscales propiamente dichas. Si aparte de ello se proporciona suelo industrial a precios bajos y/o a largo plazo de pago, las posibilidades de atracción del capital privado pueden ser considerables. En este sentido merecen destacarse las recomendaciones del grupo de expertos de las Naciones Unidas que se reunió en 1967, en Tihany (Hungría), para tratar de este tema (ONU, 1969).

Como solución más propiamente social al alcance de los organismos estatales, cabría indicar una más realista distribución del crédito oficial. Este contribuiría a la retención de familias hoy emigrantes si se potenciase en los créditos destinados a mejoras de las viviendas en tales lugares, mecanización en cooperativa de los cultivos, cambios racionales de éstos según antes indicábamos, etc. Igualmente si se otorgasen créditos y subvenciones para la adquisición de tierras que aumentasen el tamaño de las explotaciones. Es evidente que muchos de estos mecanismos existen ya hoy, pero se requeriría una reforma de los mismos ya que, por regla muy general, sus beneficios van a parar con demasiada frecuencia no a los que más los necesitan —que a menudo terminan por emigrar—, sino a los más pudientes. Una política de información adecuada a este respecto, que utilizase los medios de comunicación de masas, y en especial la televisión, tendría unos efectos sociales impresionantes. Téngase en cuenta que, a menudo, los más menesterosos ni siquiera llegan a conocer la existencia de los créditos a ellos destinados.

La promoción de la educación y de la promoción profesional constituye uno de los elementos más conocidos como medio de promoción social y, por tanto, no es necesario insistir más en ello. Sólo indicar que, como señalábamos antes, en un número apreciable, y cada vez más creciente, de emigrantes, juega el factor de la educación de los hijos como decisivo. En la medida en que las zonas rurales se creen centros de segunda enseñanza podrá contribuirse a la erradicación de esta motivación. Por otro lado, finalmente, ante la decisión irrevocable del traslado, o ante la inexistencia de posibilidades en el lugar de origen, una política social adecuada requeriría dos acciones estatales simultáneas. En primer lugar, una información suficiente sobre empleos y condiciones de vida en el lugar de destino del emigrante, que capacite a éste para hacer frente a las nuevas condiciones de la cultura o subcultura con que ha de enfrentarse. Así, una descripción de los nuevos roles familiares, de la situación laboral, de sus derechos y obligaciones como trabajador en la industria y servicios, de las opciones de empleo que le están abiertas, de la lengua incluso que se utiliza en el lugar de destino contribuirían mucho a la adaptación del emigrante. Podría aquí desempeñar una gran labor un cuerpo de asistentes sociales destacado en los lugares de mayor flujo de destino. Tal labor sería complementada, lógicamente, en el lugar de destino con actuaciones complementarias de otros asistentes sociales. He aquí una nueva función que absorbería un importante número de técnicos de grado medio, muchos de ellos hoy en condiciones de subempleo o en ocupaciones diferentes de sus conocimientos.

Una segunda forma de actuación estatal consistiría en proporcionar algún tipo de ayuda económica a fondo perdido o en créditos a largo plazo, que facilitarían la adquisición de nueva vivienda, mobiliario, gastos de traslado, etc., en o hacia el lugar de destino. Ello, por supuesto, sólo en los casos en que la emigración fuese racional e indispensable por carencia de recursos naturales en las zonas de origen.

2.2. Soluciones en destino.

Evidentemente, muchas de las soluciones en destino que vamos a señalar a continuación son paralelas a las que anteriormente hemos enumerado en origen. Por supuesto, no se trata de mencionar para nada las que deberían aplicarse cuando el destino se encuentra en el extranjero, salvo en lo que concierne a una acción social más eficaz por parte de los organismos españoles allí destinados y dependientes del Ministerio de Trabajo, Ministerio de Asuntos Exteriores, Organización Sindical y demás. Más bien vamos a centrarnos en la actuación estatal a nivel interior, puesto que, como hemos señalado anteriormente, al disminuir el número de emigrantes al extranjero, al aumentar el número de retornados y al no apreciarse indicios de creación de empleos en los lugares de fuerte corriente emigratoria, ésta afluirá en mayor proporción aún a las conocidas regiones industrializadas del país. Lo cual agravará aún más la congestión de éstas en todos los sentidos y terminará por producir problemas que, a menudo, pueden llegar a graves consecuencias políticas.

Nuestras observaciones, pues, van a ser en este punto mucho menos detalladas que al referirnos a las soluciones en origen. Y ello por dos suertes de razones: ante todo, porque, como decimos, no deben mantenerse las condiciones que están atrayendo hacia las regiones industrializadas la corriente inmigratoria. Esta sólo debería de mantenerse ya en forma muy selectiva, para ciertas necesidades específicas de tales regiones. En segundo lugar, porque al ser complementarias de las soluciones en origen, las explicaciones concernientes a las infraestructuras técnicas y social, no tienen por qué detallarse.

2.2.1. Previsiones técnicas.

Muy brevemente, éstas deberán consistir en la provisión de los servicios colectivos indispensables en cualquier medio urbano industrial moderno. Es sabido que los inmigrantes a los suburbios de nuestros centros industriales a menudo carecen de tales servicios, viviendo en condiciones con frecuencia inferiores a las que tenían en su lugar de origen. Saneamientos, pavimentaciones, alumbrados, espacios verdes y servicios comerciales en las proximidades de la vivienda no requieren mayor explicación. Las propias viviendas deberán ser objeto de muy particular atención por los organismos gubernamentales correspondientes. Las subvenciones o ayudas económicas a que antes hacíamos referencia serían indispensables para erradicar el chabolismo, el hacinamiento, los realquileres y la explotación en general en tal sentido de los inmigrantes.

Igualmente la creación de centros comunitarios, en especial servicios educativos y de enseñanza profesional para el propio inmigrante y sus hijos, así como servicios sanitarios y hospitalarios para los que se encontrasen en situación laboral eventual (caso muy frecuente, sobre todo, en los recién llegados). Y con mayor razón para el caso de los que se encuentren en paro.

2.2.2. Previsiones sociales.

Además de las mencionadas con respecto al origen, cabe destacar la conveniencia de la creación de centros de interrelación con la comunidad de destino. Más que

centros regionales, que se suelen convertir en islas culturales durante la primera y aun la segunda generación de inmigrantes, sería conveniente la promoción de centros que pusiesen desde el primer momento a aquéllos en contacto con las peculiaridades culturales del lugar de destino, procurándose, a nivel de barrio, por ejemplo, una mezcla equilibrada de antiguos residentes o autóctonos, con otros más recientes o acabados de llegar. La acción cultural de estos centros, a través de cursillos, conferencias o el simple contacto cotidiano sería de gran eficacia, y creemos que podría ser acometida por una o varias organizaciones estatales ya existentes, sin necesidad de crear ninguna nueva.

* * *

Pero en cualquier caso, las verdaderas soluciones al problema de los que emigran y los que retornan, han de ser de carácter, en el fondo, político. En la actual coyuntura española, y al entrar en un período que cabe esperar de auténtica representatividad popular, los clamores de tantas regiones que vienen sufriendo de una endémica y a menudo injustificada emigración, deben plasmarse en decisiones que acaben en unos casos, y en otros, controlen debidamente, al menos, tan grave fenómeno. No es posible entrar aquí en la variedad de medidas que se requerirían. Pero indudablemente, entre ellas tendría que encontrarse la creación de empleo, utilizando a fondo los recursos naturales, humanos y de capital de tantas zonas, hoy abandonadas, a que nos referíamos antes. Y, sobre todo, una más justa distribución de los medios de producción, que no sólo revitalizaría esas zonas, sino que daría un nuevo sentido a la propia vida de sus habitantes.

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

- BARBANCHO, A. G.: «Las migraciones interiores españolas en 1961-1965». (Estudios del I. de D. Económico, Madrid.) 1970.
- BERGER, F.; BERGER, B., y HANSFRIED, K.: «The Homeless Mind: Modernization and Consciousness». New York, Randon House. 1973.
- BERGER, P., y LUCKMANN, T.: «The Social Construction of Reality». New York, Doubleday. 1967.
- BOGUE, D.: «Principles of Demography». New York, John Wiley & Sons. 1969.
- BOUSCAREN, A. T.: «European Economic Community Migrations». The Hague, Martinus, Mihoff. 1969.
- BRODY, E.: «Behaviev in New Environments: Adaptation of Migrant Populations». Beverly Hills, Sage Publications. 1970.
- CAZORLA, J.: «Los movimientos migratorios como factor de la estructura socioeconómica andaluza». (Moneda y Crédito, núm. 94.) 1965.
- FRANKLIN, S. H.: «The European Peasantry: The Final Phase». London, Methuen & Co.

PROBLEMATICA Y SOLUCIONES

- GREGORY DAVID, D.: «Intraeuropean migration and Sociocultural change In an Andalusian agro-town». [Tesis doctoral, xerocopiada, actualmente en prensa. Ann Arbor, Mich.] 1972.
- GRUPO DE EXPERTOS: «Les aspects sociaux des migrations de la campagne vers les villes en Europe et problèmes connexes». (Reunión celebrada en Tihany, Hungría, en septiembre 1967. N. U. New York, 1969.) 1969.
- JUTGLAR, A., y otros: «La inmigración en Cataluña». [Edic. de materiales, Barcelona.] 1968.
- KADE y otros: «Factores humanos». (Vol. II de «Estudio socioeconómico de Andalucía», Estudios del I. de D. Económico, Madrid.) 1970.
- LINZ, J., y DE MIGUEL, A.: «Within-Nation Differences and Comparisons: The Eight Spains». In **Comparing Nation**, Merritt & Stein Rokkan (eds.), New Haven, Yale University Press. 1966.
- MERTON, R.: «Social Structure and Anomie». In **Social Theory and Social Structure**, by Robert Merton, páginas 125-149, Glencoe, The Free Press. 1949.
- MURILLO, F., y otros: «Estructura social». [Vol. I de «Estudio socioeconómico de Andalucía», Estudios del I. de D. Económico, Madrid.] Especialmente, capítulo IX: «La emigración en origen», redactado por J. Cazorla. 1970.
- PINILLA DE LAS HERAS, E.: «Inmigració i mobilitat social a Catalunya». (Primera fase, ICESB, Barcelona.) 1973.
- SANCHEZ LOPEZ, F.: «Emigración española en Europa». Confederación Española de Cajas de Ahorros, Madrid. 1969.
- SIGUAN, M.: «El medio rural en Andalucía Oriental». (Ministerio de Agricultura, Madrid.) 1972.
- TAPINOS, G., y CHEVALIER, L.: «Migration et particularismes Régionaux en Espagne». Population, 6, Novembre-Décembre. 1966.
- THOMAS, W. J.: «The Unadjusted Girl». Boston, Little, Brown and Co. 1923.
- WEBER, Max: «Class, Status, Party». In From Max Weber: «Essays in Sociology», H. Certh & C. W. Mills, trans. and eds. New York, Oxford, Univ. Press. 1947.

